

LOS SEGUROS RECONSTRUIRÁN NUEVA YORK

Manuel Maestro
Presidente de la Fundación 14 de Mayo

El hombre, que ha tenido que padecer las acometidas de una naturaleza y un entorno hostil, se ha visto obligado a aceptar un desafío colosal: asegurar su supervivencia. Ahí están los mitos, como el Diluvio en la Biblia, para recordárnoslo y grabarlo profundamente en las culturas. Abrumado por la calamidad, pero firmemente decidido a afrontarlo, el ser humano ha tenido cada vez que volver a cargar con el yugo y reemprender la vida. Como lo aconsejaba a su soberano el secretario del rey de Portugal, después del terremoto de Lisboa en 1755: "Majestad, tenemos que enterrar a los muertos y pensar en alimentar a los vivos".

Una breve ojeada al pasado revela que el desarrollo tecnológico ha tenido que apuntar infinidad de daños materiales y muchas vidas humanas en la cuenta de "pérdidas y ganancias". Estos estados contables se han



Los rascacielos han sido objeto de controversia porque proporcionan la propagación de incendios con dimensiones considerables.

visto engordados por la concentración de la población y la densificación de las actividades. Basta con pensar en el efecto de castillo de naipes que representan los siniestros simultáneos de todo tipo, que a diario se producen en las grandes urbes, o en la congestión de tráfico a que está sometido el espacio aéreo.

A todo ello ha venido a sumarse un riesgo, hasta no hace mucho subestimado: el de malevolencia, sabotaje y terrorismo. Las acciones de este tipo son, hoy en día, relativamente frecuentes: asesinatos, incendios provocados, explosiones; atentados en definitiva que comienzan a representar una cuestión crítica para el buen gobierno del mundo.

Luchando contra el riesgo

Desde tiempo inmemorial, para garantizar su progreso y supervivencia, las sociedades han tenido que controlar sus riesgos a través de una prevención previa y una lucha posterior, cuando las consecuencias del mismo se han desatado, para aminorar los daños. Y desde hace más de siete siglos, el Seguro viene siendo un elemento reparador de las consecuencias económicas.

A este respecto, cuando en nuestras retinas aún mantenemos las imágenes de las Torres Gemelas de Manhattan derrumbándose, me viene a la memoria la impresión que tuvo Giovanni Papini al contemplar Nueva York desde lo alto del Empire State, por entonces el edificio más grande del mundo. Estaba el novelista asomado a un ventanal cuan-

do alguien, que resultó ser Henry Ford, le saludó. El industrial americano le preguntó sobre qué hacía allí tan solo, a lo que el escritor le contestó que estaba admirando la ciudad y que le parecía mentira que los hombres hubieran sido capaces de construir algo tan grandioso. El magnate del automóvil se quedó un momento pensativo y le dijo que se equivocaba: "Esta ciudad no la han hecho los hombres. La han hecho los Seguros".

Y como Ford viera que su interlocutor ponía un gesto de desconcierto le aclaró: "Sin los seguros no tendríamos rascacielos, porque ningún hombre se atrevería a trabajar a estas alturas, a riesgo de matarse y dejar en miseria a su familia. Sin seguros ningún empresario invertiría sus millones en construir un edificio como éste, que una simple chispa puede reducir a cenizas. Sin seguro nadie circularía por estas calles, sabiendo que en cualquier momento puede tener un accidente. Y esto no solo ocurre en Estados

Unidos. Es el mundo entero el que descansa sobre la base de los seguros. Sin ellos cada hombre guardaría su dinero sin invertirlo en ninguna parte por temor a perderlo, y la civilización se hubiera parado poco menos que en la barbarie".

La cólera de los dioses y la de los hombres

Los terremotos, en tiempos históricos achacados a la cólera de los dioses, siguen siendo los eventos más desastrosos suscitando una sensación de impotencia y desamparo absoluto. Si bien el de San Francisco de 1906, que es quizás el más famoso, tan solo arrojó un balance de 3.000 víctimas, cifra irrisoria frente a las 20.000 del de Managua de 1972 o a la escalofriante de 143.000 del de Tokio de 1923. Los daños económicos del de Kobe baten todos los "records" con los 100.000 millones de dólares. Aunque de consecuencias no tan mortíferas, los huracanes no les quedan a la zaga, el Andrew que arrasó Florida en 1992 tuvo unos daños económicos de 30.000 millones de dólares y tan solo 62 víctimas mortales.

En el año 2000, según datos de la reaseguradora Swiss Re, la carga para el sector asegurador, a consecuencia de siniestros catastróficos, fue con 10.600 millones de dólares, relativamente baja, teniendo en cuenta que el año precedente había ascendido a 32.900 millones de dólares.

De los 10.600 millones, 3.000 se debieron a eventos antropógenos —en los que de alguna manera ha tenido que ver la mano del hombre— y 7.500 a siniestros de la naturaleza. Con daños asegurados por 3.000 millones de dólares, las catástrofes técnicas se situaron claramente por debajo del prome-



El terremoto de San Francisco (USA), en 1906 ha sido uno de los eventos más desastrosos de la naturaleza.

El potencial de riesgo de un rascacielos es enorme, como se ha puesto en evidencia con la tragedia de las "Torres Gemelas"

dio de los años 90. De estas pérdidas, 1.300 millones de dólares correspondieron a grandes incendios y a explosiones, 1.000 millones de dólares a actividades de la navegación espacial y 397 millones de dólares al sector de la aviación.

De acuerdo con las mismas fuentes se calcula que, por las mismas circunstancias, perdieron la vida más de 17.400 personas. De este total, 9.700 perecieron en catástrofes técnicas.

Los daños financieros totales ocasionados por catástrofes —sin considerar los daños económicos indirectos— ascendieron a unos 50.000 millones de dólares, tres cuartas partes de los cuales correspondieron a nueve eventos con daños económicos por miles de millones; ocho de dichos siniestros mayores fueron causados por la naturaleza; uno en cambio, fue ocasionado por el virus informático "I love", que el 4 de mayo paralizó a través de mensajes electrónicos numerosas redes informáticas mundiales.

La tendencia de este tipo de catástrofes naturales y antropógenas va en aumento desde la década de los 70, como consecuencia de una mayor densidad de población, mayor concentración de valores en todo el mundo y más valores asegurados en regiones expuestas.

Las nuevas torres de Babel

El rascacielos se hizo característico del paisaje de las grandes ciudades de los Estados Unidos en las últimas décadas del siglo XIX. La congestión del centro de sus ciudades comerciales, al multiplicarse la demanda de oficinas, hacía necesario recurrir a nuevas técnicas para permitir su agrupamiento en altura.

Fue decisivo para su desarrollo la aparición del ascensor eléctrico y sobre todo el de gran velocidad en 1903. Compañías de seguros americanas como "Home Insurance", "Equitable Life" o "Metropolitan Life" fueron pioneras en su construcción para albergar sus casas centrales, sin duda movidas porque en ningún otro tipo de edificio emana una fuerza simbólica tan impresionante.

A lo largo de los 12 primeros kilómetros de la isla de Manhattan encontramos un amplio muestrario de los rascacielos más grandes del mundo: el edificio de la ONU con 215 metros de altura, el "Pam Am Building" con 246, el "Chrysler Building" con 320 o el legendario "Empire State" de 381 que ahora hereda nuevamente la corona de rey de Manhattan, ostentada hasta el pasado 11 de septiembre por el "World Trade Center" que tenía 417 metros de altura.

Los rascacielos han sido objeto de controversias y duras críticas, entre otras cosas, porque este tipo de construcciones propicia la propagación de incendios que pueden alcanzar dimensiones considerables. Este hecho, junto a la gran aglomeración de valores, constituye un alto potencial de riesgo. Cientos de empresas y miles de personas dependen del normal funcionamiento de estas torres. William A. Starret dijo que "en tiempos de paz nada se asemeja tanto a una estrategia de guerra como la construcción de un rascacielos".

Hasta hace poco no cabía duda de que el "record de altura", que actualmente tienen las torres gemelas de las "Petronas Towers" de Kuala Lumpur, sería rápidamente rebasado. En la actualidad se construye en Shangai un nuevo pretendiente a este palmarés la "Chongging Tower", y existe el proyecto para un edificio en Tokio de 800 metros de altura. Sin embargo, los últimos acontecimientos podrían fijar importantes límites a esta megalomanía por evidentes cuestiones de seguridad.

Objetivos de primer orden

El potencial de riesgo de un rascacielos es enorme, como se ha puesto en evidencia con la tragedia de las "Torres Gemelas". Los mismos van desde los errores de planificación al incendio, que se cuenta entre las mayores amenazas para este tipo de edificios, pasando por la explosión, el impacto de aeronaves, la avería de maquinaria, la responsabilidad civil, la interrupción de la actividad, sobre todo la informática, y un largo etcétera, del que no pueden olvidarse las lesiones o el fallecimiento de sus usuarios a consecuencia de cualquiera de estos riesgos.

También son un objetivo de primer orden para los atentados terroristas. Basta el mito que se desarrolla alrededor del nombre de un rascacielos, para que los autores de un atentado tengan garantizado un gran eco en los medios de comunicación. En 1992 hizo explosión un artefacto en el edificio de la aseguradora británica "Commercial Union", los daños materiales ascendieron a 40 millones de libras a las que se sumaron las pérdidas de ingresos por alquileres. En 1993, en el "World Trade Center" neoyorquino, estalló un coche bomba, produciéndose daños materiales por 500 millones de dólares, y resultando 6 personas muertas y mil heridas. En 1995, al estallar un coche bomba, se destruyó el "Alfred P. Murrah Federal Building" de Oklahoma; en el mismo murieron 168 personas y 475 sufrieron heridas, los daños materiales se estimaron en 300 millones de dólares.

También es importante el riesgo de impacto por aeronaves para los rascacielos. El 28 de julio de 1945 un bombardero B25 de las Fuerzas Aéreas Estadounidenses se estrelló contra el "Empire State Building" de Nueva York, empujándose a la altura de las plantas 78 y 79 que se in-



El legendario "Empire State" hereda nuevamente la corona de Rey de Manhattan.



cendieron inmediatamente. Uno de los motores cayó sobre un edificio de 12 plantas que igualmente fue pasto de las llamas. A consecuencia del siniestro murieron 14 personas, gracias a que era sábado, y los daños materiales ascendieron a un millón de dólares, una cifra enorme para aquella época. En 1992 un avión de EL AL se empotró en los rascacielos "Groeneven" y "Kruitberg" situados en una ciudad dormitorio cercana a Amsterdam; murieron 47 personas y 223 viviendas quedaron totalmente destruidas.

Cubriéndose del terrorismo

Las coberturas de seguro tienen una clara conexión con el fenómeno terrorista a través de los distintos ramos. En Estados Unidos, país que lidera el mundo de los seguros, con una recaudación que representa el 36 por ciento de los 2,32 billones de dólares que invirtieron los ciudadanos del planeta en este sistema de previsión, es práctica muy extendida suscribir todo tipo de pólizas, tanto de vida como de daños.

Estos contratos cubren normalmente una gran variedad de riesgos que van desde el básico de incendios por causas fortuitas al más sofisticado de pérdida de beneficios a consecuencia de la interrupción o perturbación de la actividad por efecto de las llamas, explosiones o fenómenos de la naturaleza. La cobertura de riesgo de terremoto o de los conocidos como riesgos de terrorismo, sedición, motín y tumulto popular, se incluyen a través de una extensión de coberturas de las pólizas básicas, "extended cover".

Superando records

El atentado contra el "World Trade Center" ha sido definido como el desastre más costoso de la historia provocado por la mano del hombre, por encima de la plataforma petrolera británica "Piper Alfa" que en 1988 tuvo un coste de 3.000 millones de dólares.

Aunque la tarea de evaluar los daños llevará mucho tiempo, se han lanzado unas primeras estimaciones en las que se intuye

que la cifra, a la que habrán de hacer frente las entidades de seguros, estará entre los 15.000 y los 20.000 millones de dólares. De esta, según expertos consultados, la destrucción de las torres supondrá un coste para el seguro de unos 3.000 millones de dólares; las pérdidas por la interrupción de negocios de las empresas instaladas en la torre representarían unos 5.000 millones de dólares; y los daños de los aviones implicados en el atentado unos mil millones de dólares. No obstante, aún no se puede tan siquiera apuntar el monto que tendrán que enfrentar los aseguradores de vida y de accidentes del trabajo, como consecuencia del siniestro, que se estiman en varios miles de afectados.

La industria aseguradora mundial cuenta con recursos suficientes para hacer frente a estas indemnizaciones, al igual que lo han venido haciendo con otros eventos de carácter catastrófico, pues cuentan con importantísimas reservas acumuladas a lo largo de los años para estos efectos, y además con el reaseguro que es un instrumento técnico del que se valen, mediante la cesión de parte de sus negocios de unas a otras, con el objeto de no acumular demasiados capitales garantizados cuando se trata de este tipo de grandes riesgos.

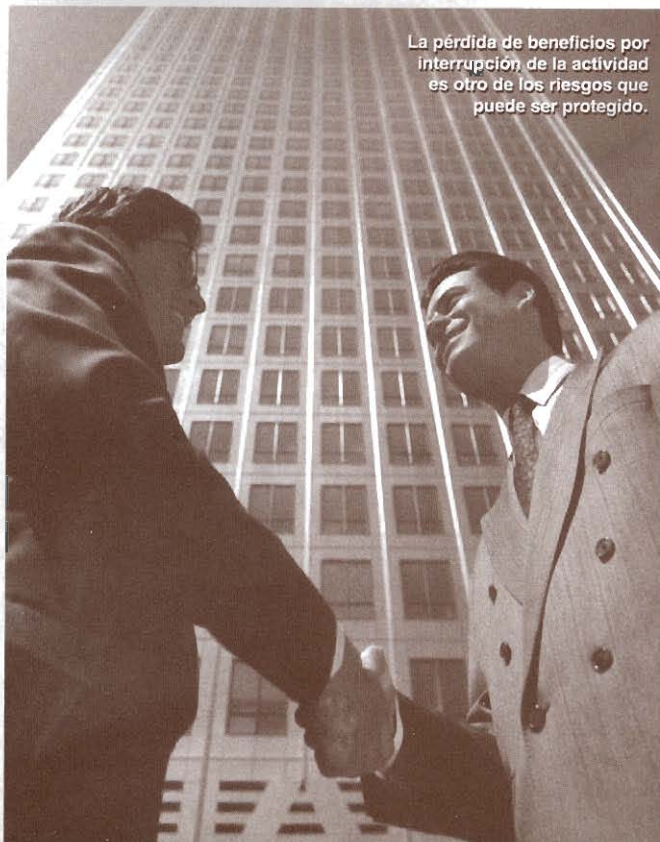
Así tenemos que, en mayor o menor proporción, una gran mayoría de empresas de seguros, de todo el mundo, respaldarán parte de las pérdidas habidas en Nueva York. La mayor proporción de estas correrá a cargo de las reaseguradoras profesionales. Munich Re, empresa alemana líder mundial de la actividad, estima que su exposición al siniestro se sitúa alrededor de los 900 millones de dólares, y Swiss Re, segunda en este "ránking", evalúa su participación en 700 millones de dólares. El tricentenario Lloyd's de Londres presupone para su participación en reaseguro unos 400 millones de dólares.

Cuando todo falla está el seguro

A lo largo de este trabajo hemos visto cómo el desarrollo tecnológico, la concentración de la población y la densificación de las actividades han ido creando grandes riesgos muy vulnerables, como se ha puesto de manifiesto en el atentado terrorista contra el "World Trade Center" de Nueva York, así como que existen mecanismos, el seguro y el reaseguro, que han mitigado desastres pavorosos a lo largo de la historia, ya que cuentan con provisiones para hacer frente a indemnizaciones de esta naturaleza. Las sumas

estimadas a pagar suponen menos de uno por ciento de lo que los asegurados depositan en las entidades aseguradoras anualmente para sufragar los riesgos que les confían, y muchísimo menos respecto de las reservas que estas y las reaseguradoras tienen acumuladas.

Tres conclusiones podemos obtener: primero que habrá un antes y un después del 11 de septiembre de 2001 con un freno en la alocada carrera por competir en construir grandes torres, enormes transatlánticos y supraaeronaes; segundo que se reforzarán las medidas de seguridad en estos grandes riesgos; y tercero que, parodiando a Henry Ford, podemos afirmar que cuando todo falla está el seguro, y los neoyorquinos pueden estar tranquilos: los seguros reconstruirán Nueva York. □



La pérdida de beneficios por interrupción de la actividad es otro de los riesgos que puede ser protegido.